

# LA FUERZA DESTRUCTORA DEL PECADO

## Queridos diocesanos:

Es bueno que, en este tiempo de Cuaresma, reflexionemos sobre la fuerza destructora que tiene el pecado, porque el pecado rompe la armonía del hombre consigo mismo, con los demás hombres y con toda la creación.

El pecado nos destruye, en primer lugar, a nosotros mismos. Romper con Dios es siempre obrar contra nosotros mismos. El pecado interrumpe la comunión con quien es nuestro origen y nos ama como Padre. Y lejos de su hogar quedamos degradados como personas. Este es el mensaje de la parábola del hijo que se marcha buscando la libertad y la felicidad fuera del regazo del padre y que sólo encuentra degradación y soledad (cf. Lc 15, 11-32).

El pecado rompe también la comunión con los demás, a los que dejamos de ver como hermanos para verlos como rivales o considerarlos sólo como instrumentos para realizar nuestros deseos. No hay nada peor que convertir al otro en un objeto, en algo que manipulamos a nuestro antojo y usamos para satisfacer nuestra voluntad.

Pero el pecado repercute también en la creación, porque conduce a perder la armonía con la naturaleza. El pecado no incide sólo en el interior del hombre, sino también en el exterior, en el mundo. En su mensaje para la Cuaresma de este año, el Papa Francisco incide especialmente en este punto. El pecado nos lleva a sentirnos dueños absolutos de la naturaleza y nos impide reconocernos como sus cuidadores. “Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla”, se dice en *Laudato Si'* (n. 1). La violencia que siembra el pecado en el corazón del hombre le lleva al uso irresponsable de los bienes creados por Dios. San Pablo habla de que la creación queda sometida a “la esclavitud de la corrupción”.

El pecado nos conduce a mirarnos sólo a nosotros mismos, lo que nos vuelve ciegos para mirar a los demás y mirar a Dios. El ser humano abandona la lógica del amor, para vivir sólo en la búsqueda de sí. El hombre se sitúa en el centro y lo quiere “todo” y lo quiere “ya”. El Papa Francisco habla de la lógica del “querer todo y ya, y del tener cada vez más”, que destruye a la persona, degrada a los demás y lleva a la explotación de la creación, de las personas y del medio ambiente.

Esta situación está en las raíces del problema ecológico: el hombre se coloca a sí mismo en el centro y termina dando prioridad absoluta sólo a lo que le conviene. Lo que no sirve a nuestros intereses, se vuelve irrelevante. La lógica de aprovecharse de los demás para el beneficio propio lleva tanto a la explotación de las personas como a la degradación del medio ambiente (cf. LS 123). Pero esta lógica es destructora de la persona y de todo lo que se relacione con ella y, por eso, debe ser combatida.